

# LA EDUCANDA.

PERIODICO DE SEÑORITAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Educacion moral, por doña Micaela de Silva.—Cartas familiares, por doña Ángela Grassi.—Viajes, por Sara.—Francisco y Roberto [continuacion], por doña Josefa Estevez de G. del Canto.—El Cazador furtivo [continuacion], por doña Micaela de Silva.—LAMINA: *Pliego de Dibujos.*

## EDUCACION MORAL.

### INCONVENIENTES DE LA BURLA.



ASI toda la moral cristiana se halla reasumida en este precepto: Amad á Dios sobre todas las cosas, y al prógimo como á vosotros mismos.

Hay en el fondo de nuestras conciencias una voz que nos dice: No debemos hacer con los demas lo que sentiríamos que hiciesen ellos con nosotros.

Estas dos leyes infringen los que se rien á costa del prógimo, y hacen reir á los demas, haciéndolos sus cómplices en esa falta de caridad y de justicia.

No hay duda que la chanza es para la conversacion lo que la sal para la comida; usada con prudencia la sazona, y con exceso puede hacerla perjudicial.

Nunca es bueno que la chanza pase á burla, y como el terreno es un poco resbaladizo, y la distancia que las separa muy corta, nada mas fácil que dar en ese mal paso, con propia mengua y ajeno perjuicio.

Pero en fin, cuando la burla se dirige á un defecto que puede remediarse, menos malo, porque bien puede ser que traiga sus ventajas al mismo á quien lastiman, obligándole á echar sus cuentas y poner coto á los burlones con la enmienda de sus defectos ó ridiculeces; pero si la burla recae sobre defectos fisicos, y por lo tanto agenos á la voluntad del que los tiene, semejante burla sobre necia es cruel é in-

2.<sup>a</sup> ÉPOCA.

fructuosa, y da por cierto mala idea del corazon y el juicio del que la usa; porque decidme, niñas, una persona fea, coja, tuerta ó jorobada, por mucho que quiera enmendar sus defectos podrá conseguirlo? A buen seguro que no; luego es una tonteria, y sobre todo una crueldad echárselos en cara ó hacerle objeto de diversion cuando no se halla presente, añadiendo así á la crueldad la villana cobardia, puesto que se le hiere por la espalda.

Si el alma estuviera patente á la vista como el cuerpo, acaso en el mas deforme descubriríamos la belleza moral; belleza que vale mil veces mas que la física.

Muchas veces por falta de reflexion incurrimos en graves faltas; burlones habrá que nunca se hayan detenido á considerar el daño que hacen sus palabras, solo ven que hacen reir á los que no se sienten lastimados, y no piensan en los que lloran por culpa de su ligereza.

Voy á ponerlos á la vista un ejemplo sacado de las obras de un autor sumamente apreciable, y el cual os hará ver que la burla es un puñal que hiere nuestro corazon: no quita la vida, pero hace dolorosa la existencia.

Mauricio nació huérfano de padre, vino al mundo tan enclenque, que parecia imposible que viviera; no obstante, creció, si bien enfermizo y sumamente contrahecho.

Su niñez estuvo desprovista de gracias y alegrías; el pobre niño en vano abría sus brazos al mundo, este le rechazaba señalándole con el dedo.

Solo contaba con el amor de su madre y en él se refugiaba; ella sola conocia los tesoros de ternura que abrigaba su corazon harto sensible.

Llegó á ser un hombre, y consiguió á fuerza de laboriosidad y estudio que le dieran un destino en las oficinas del Resguardo; allí, encerrado entre sus



papeles, vivia sin mas distraccion que la de recibir las visitas de su madre, que iba con su labor á sentarse junto á la ventana de aquel despacho, en donde su hijo trabajaba, y de cuando en cuando la dirigia una palabra cariñosa, ó se levantaba para hacerla una caricia.

Pero ¡ay! su madre murió, y el pobre jorobado se quedó solo en el mundo! Al recibir el postrer beso maternal exclamó: ¿para qué quiero ya vivir?

Para servir y amar á Dios, respondióle un acen-to moribundo. Mauricio juró sobre el cadáver de su madre que cumpliría ese deber impuesto á los hom-bres todos, y le cumplió.

Al desprecio, á la burla y al sarcasmo, oponia estas palabras.—Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen.

Era un empleado celoso, inteligente y lleno de probidad, pero su ridícula figura le alejaba del trato; tímido por naturaleza, no tenia fuerzas para comba-tir la burla con el desprecio, y así es que dejaba que todos ascendiesen por encima de su derecho sin atre-verse á reclamarle.

Desconocido por los hombres, volvía sus ojos á Dios y éste le consolaba.

Vivia en un barrio estraviado; en la misma casa tenia por vecina una jóven costurera, pobre y nada bonita. Como él, vivia sola y triste; quiso relacionar-se con ella, pero no tardó en conocer que la jóven preferia la soledad á su compañía, y reprimió los im-pulsos de un corazon amante y siempre rechazado.

La jóven cayó enferma, no pudo trabajar, y la miseria la obligó á contraer una deuda con el tende-ro; éste dijo á Mauricio lo que pasaba. Mauricio pa-gó la deuda y dijo: haced que nada la falte, yo res-pondo del pago.

La jóven convaleció, y aterróse al ver lo que ha-bia gastado; habló con el tendero, y éste la dijo: —«Nada me debeis.» El *jorobeta* me ha satisfecho el importe de la cuenta.

—Ya me ireis pagando poquito á poco, decia Mauricio cuando la jóven le dió gracias; no ha sido mas que un préstamo, repetía, evitando así lasti-mar su delicadeza, pero ninguna prisa me corre, y no quiero que me pagueis hasta que podais hacerlo sin molestaros, ni trabajar con exceso; eso es lo que os prohivo.

Como es natural desde aquel dia fueron amigos, y aunque no pronunciaron una palabra de amor, no-taba en la jóven cierta simpatia que bastó para enlo-quecerle de contento; ya no estaba solo en el mundo, tenia un corazon amigo.

Así pasó cerca de un año; la vecina era pobre y huérfana, dueña de su voluntad. Mauricio no la co-nocía parientes ni amigos, nadie la visitaba sino él; su fealdad habia desaparecido, digámoslo así, por

efecto de la costumbre de verse; además la jóven era fea tambien. ¿Por qué no habian de casarse?

La noche que á Mauricio le ocurrió este pensamien-to no le fué posible reconciliar el sueño; la pasó ha-ciendo castillos en el aire, y se levantó resuelto á dar un paso decisivo.

Aguardó á que la hora fuese conveniente, y diri-gióse temblando á la buhardilla que habitaba la huér-fana, pero al poner la mano encima del picaporte oyó que dentro hablaba un hombre; abrió la puerta, y vió á la vecina sollozando entre los brazos de un ma-rino.

Al ruido volvió la cabeza, y desasiéndose gritó:— Venid, amigo mio, dádme la enhorabuena, he reco-brado á mi futuro esposo, á quien lloraba por muerto.

A Mauricio se le figuró que la tierra temblaba de-bajo de sus piés, y que su corazon iba á romperse; pero en el fondo de aquel mismo corazon oyó la voz de su madre, que le decia:—¡Te queda Dios! Él te consolará.

Una semana despues el jorobado fué padrino de la boda; en el mismo altar en que los novios se juraron fidelidad, juró el padrino consagrarse al amor del prójimo; toda la dicha que le habia sido rehusada la cifró en la de aquel matrimonio, que siempre le apreció mucho.

A los pocos años murió el pobrecito sonriendo á la esperanza de unirse con su madre, y hallar la di-cha eterna en el seno del Dios, cuyo amor le habia hecho sufrir con resignacion la injusticia de los hom-bres.

Niñas, cuando veais á una persona contrahecha, recordad los pesares de Mauricio, y guardáos de afli-jirla, manifestadla respeto y simpatia, y habreis he-cho una cosa muy agradable á los ojos de Dios.

MICAELA DE SILVA.

## CARTAS FAMILIARES.

### XII.

*De Enriqueta á Julia.*

El jueves cuando vinieron Adriana y Elisa se en-contraron con la mas agradable de todas las sorpre-sas. Nuestra tertulia se habia aumentado con dos ni-ños mas, Casilda y Jorje, el huerfanito ahijado de Lucía.

Hé aquí lo que habia tenido lugar respecto á la primera.

Cuando fuí á buscar el aderezo de Topacio, la po-bre demente estaba en uno de sus momentos lúcidos y me lo dió sin oponer ninguna resistencia.



Yo, así la ocasion por los cabellos, y puse por obra un plan que acariciaba hacía mucho tiempo.

Hice creer á Engracia que conocía al juez que entendía en su pleito, el cual habitaba en Leganés, y me ofrecí á darla una carta de recomendacion para él, asegurándola que si lograba ser recibida en su casa y agradarle, su causa estaba ganada.

La pobre Engracia, me escuchó con transportes de júbilo, y solo por este motivo consintió en separarse de Casilda, pero aun así, prometiéndola que la niña se quedaría conmigo.

Engracia está pues en Leganés, habitando un cuartito muy decente, y yo abrigo la dulce esperanza de verla pronto curada de su mal.

¡Pero cuán buenas son mis dulces, mis amadas niñas!

¡Si hubieses visto con qué afán cogieron la labor, cuando las dije que el fruto de su trabajo serviría para pagar la habitación de la pobre loca, hubieras llorado conmigo de enternecimiento y de alegría!

Adriana y Elisa abrazaron á Casilda, que parecía otra, con su vestidito de percal oscuro, su cuellecito y sus mangas, y la colocaron entre ambas para enseñarla su labor.

Hablábamos todavía de aquel suceso, que tanto nos preocupaba, cuando María me preguntó tímidamente.

—Madre, ¿por qué se acusaba Topacio de lo que habia hecho, entregando á Engracia el aderezo, cuando esto era un impulso de su ardiente caridad!

—Porque hay que distinguir entre la falsa caridad y la verdadera, la respondí, y además, porque bien reconocía Topacio, que aquel arranque era producto de su imaginacion exaltada, y de ningun modo de su alma tiernamente conmovida. El dar á ciegas, sin conciencia de lo que se hace, sin un prudente exámen de lo que se debe hacer, mas bien que virtud, es vicio, porque derrochamos nuestro caudal, y defraudamos á otros pobres verdaderamente necesitados, y dignos de ser socorridos.

Todo no consiste en dar: el mérito estriba en dar bien, y en dar á tiempo. La caridad ejercida sin discernimiento, ni es agradable á Dios, ni útil á nuestro prójimo.

Por lo demás, yo espero que el ejemplo de Topacio no será perdido para vosotros, mis queridos niños.

La imaginacion, colocada entre la voluntad y los sentidos debe ser esclava de la primera, y reina absoluta de los segundos. ¡Ay de ella si intenta sacudir el yugo de la voluntad! ¡ay de ella si se convierte en juguete de los sentidos turbulentos! Entonces se vuelve ciega en sus instintos, precipitada en sus movimientos, violenta y caprichosa en sus deseos. Una imaginacion desordenada, se agita y se atormenta á sí misma incesantemente, pasando de un extremo al otro extremo, de la tristeza al júbilo, del amor al

odio, del abatimiento á la esperanza, sin razon y sin motivo.

Convierte un átomo en un monte gigantesco, y un monte en átomo imperceptible; reduce á bagatela la cosa mas importante, y de una bagatela hace un asunto sério, que acaso decida de la paz de su existencia. Una palabra, un gesto, una mirada la alarman, y se complace en alimentarse de sospechas, de inquietudes, de ficticias esperanzas, ó insensatas alegrías, tan pasajeras y livianas como las nubecillas de mayo.

Así nunca se debe contar sobre las impresiones que nacen de ella, porque una nada las produce y una nada las destruye.

La mujer que se abandona á su loca imaginacion, pierde poco á poco el juicio y la sensibilidad, y no hay que esperar de ella, ni actos cuerdos, ni movimientos afectuosos. Inútil para labrar su propia dicha, inútil para labrar la dicha ajena, pasa su vida entregada á insensatos devaneos, que no la dan ni un solo resultado positivo.

Acostumbráos á dominar vuestra imaginacion, persuadidos, de que la calma del espíritu y la calma del corazon, es lo que constituye la felicidad, en este destierro de luchas y amarguras.

Pero no creas, María, repuse sonriendo, no creas que tu pregunta me ha hecho olvidar que eres tú la que debes pagar hoy el tributo á nuestra casa, y que has ofrecido ocuparte de los muebles de la sala. A ver si el librito de Guillermo te ha sido á tí tambien de algun provecho.

La niña se puso muy encendida, y reuniendo todo su valor, dijo con voz trémula.

—En los antiguos tiempos apenas se conocian los muebles, y los inmensos aposentos no ostentaban mas adornos que algunas sillas de paja, bancos de madera y mesas de lo mismo.

—Poco á poco María, la interrumpí, las habitaciones de los romanos, dueños del mundo, estaban adornadas con un lujo sin igual, y ese habia sido importado del Asia, centro y emporio de las artes, de la industria y de la cultura antigua.

Tú misma me leiste el otro dia la descripcion del palacio de Dario, cuando fué conquistado por Alejandro el Magno, y creo que en el dia no hay fausto comparable con aquella portentosa ostentacion. La vida de los pueblos es como la de los hombres; nacen, crecen, llegan á su apogeo, y luego se debilitan, enferman y mueren. Pero no se estingue con ellos el progreso. Como el aire que lleva á otros terrenos mas fértiles la semilla que pereceria en un suelo árido é ingrato, la civilizacion lleva á otros pueblos vírgenes las semillas del saber, y así como unas generaciones suceden á otras, unos pueblos cultos suceden á otros pueblos, mejorándose siempre, y siempre en vía directa del progreso.



Ahora bien, ricas colgaduras y mármoles preciosos cubrían las paredes de las habitaciones romanas; los muebles eran de cedro, de ébano, de limonero, de marfil y oro; los vasos, las copas y los demás utensilios de alabastro, de ágata y de pórfido, y aun á veces de vidrio, materia muy estimada entonces, tanto, que los grandes señores, por jactancia, mandaban á sus esclavos que los rompiesen así que se habían servido de ellos.

En vez de sillas usaban lechos de terebinto, sobre los cuales colocaban almohadones rellenos de finísima pluma, cubiertos de ricos tejidos de seda fabricados en la India, ó de púrpura, y guarnecidos con largas pieles de topos ú otros animales raros.

Pero la invasión de los bárbaros del Norte destruyó toda aquella munificencia que aun hoy día nos parece fabulosa; y en los demás pueblos, en donde apenas acababa de introducirse el lujo romano, volvieron á sus antiguas y severas costumbres, y mucho mas en una época en que era preciso tener siempre la espada desenvainada para defender su propia libertad ó las libertades pátrias.

Los cristianos fueron los primeros que usaron bancos para sentarse, sustituyéndolos á los lechos, porque les parecia poco compatible esta postura afeeminada con la austeridad de sus costumbres. Su humildad y su desprecio de lo supérfluo, contribuyeron á desterrar de todas partes el lujo y la molicie.

—Mamá, aunque la invención de las sillas es antiquísima, sin embargo he leído que hasta las damas y caballeros solían sentarse en el suelo, y que á fines del siglo XV aun subsistía esta costumbre.

Pero quiere Vd., prosiguió con una sonrisa llena de gracia, ¿quiere Vd. que cuente una historieta que está en el mismo libro de Guillermo? No me acuerdo bien de cómo está escrita, pero yo la diré á mi modo.

Clotario II era un rey de Francia, muy bondadoso y justiciero.

Tuvo capricho de poseer una silla guarnecida de oro y de piedras preciosas, pero ninguno de sus artífices acertaba á comprender su idea ni se atrevían á ejecutarla.

Entonces su tesorero Bobon, inspirado sin duda por Dios, le dijo que él conocía á un humilde y oscuro artífice que se encargaría de la obra.

En su consecuencia, el Rey mandó que le diesen el oro y piedras preciosas que los otros habían juzgado indispensable para hacerla.

Pero cuánto se sorprendió el buen Rey, cuando el artífice en vez de una silla le presentó dos, trabajadas con un primor muy grande.

No podía creer á sus ojos, y tuvo que pesarlas, para convencerse á sí mismo de que aquellas materias preciosas no escedían en cantidad á las que le había confiado.

Lleno de sorpresa y admiración el Rey, contempló al artífice, que estaba pobremente vestido y le dijo:

—Tu fidelidad y tu honradez han sido grandes, pues han sabido triunfar de una ruda prueba. Para recompensarlas, yo te voy á dar mucho mas de lo que hubieran podido reportarte la mala fé y la codicia.

Tendrás habitación en palacio, y serás de hoy en adelante mi amigo y Consejero.

El artífice tenía sumo talento; y en la elevada posición en que le colocó su honradez, hizo mucho bien á los hombres. La Iglesia le canonizó y todos le reverenciamos, porque se llama San Eloy.

Pues bien: á escepcion de algunas sillas, bancos y mesas, las vastísimas salas de los señores feudales, solo ostentaban por adornos grandes armarios, en donde se guardaban las armas, y ricos baules destinados á encerrar las joyas y las ropas.

Ambos objetos hacían un extraño contraste con los demás muebles, pues solían ser de maderas finas, como el ébano y el cedro, y estaban sobrecargados de primorosas esculturas y magníficas incrustaciones de cobre dorado, de plata y aun de oro.

—Todo esto es muy cierto, hija mia, no obstante debo advertirte que desde la primera Cruzada sufrió alguna modificación la severa sencillez con que estaban adornados los palacios de los grandes. Cuando nuestros caballeros fueron á Oriente, importaron de allí algunos de sus ricos muebles y algunas de sus costumbres.

—En el siglo XIV, prosiguió la niña, con la invención del papel, aparecieron los escritorios, pues antes se escribía sobre las rodillas, y luego empezó el uso de las colgaduras, y el de cubrir las mesas con ricos tapices, al estilo de Venecia.

Por fin á principios del siglo XVI, se introdujeron los sillones de cuero, guarnecidos con franja de lana, y los taburetes, y algunos años mas tarde, los sofás y las mesas de café.

En pos de estas útiles innovaciones, vinieron las cómodas, los tocadores, y por último las consolas, adquiriendo todos estos diferentes muebles una elegancia y un buen gusto que no tenían los muebles anteriores, mas ricos, pero mas pesados y uniformes.

En la actualidad, solo se usan las sillas de tapicería ó de gouta-percha. Para las primeras se emplean diferentes telas, como son las telas de Persia, el damasco y el terciopelo.

Antes las telas de Persia eran unos percales estampados, á imitación de esas telas de mil dibujos y vivísimos colores que los indios habían inventado, y que vendían muy caras, porque no conociendo el arte de estamparlas, tenían que pintarlas á la mano, cosa sumamente penosa y complicada. Hoy su tejido suele ser de algodón y lana. El damasco es un tejido de se-



da, que tuvo origen en la ciudad de Turquía, que se llama tambien Damasco.

Del mismo modo el terciopelo se llama generalmente de Utrecht, porque fué inventado en la ciudad de este nombre, una de las mas populosas de Holanda.

Esta manufactura es una imitacion hecha con lana y pelo de cabra, de esos hermosos terciopelos de seda que se fabricaban únicamente en la India, á orillas del Ganges, antes que los Romanos llevasen hasta allí sus armas victoriosas.

De la India, la fabricacion de los terciopelos pasó á Italia, luego á Alemania, á Holanda, á Francia, y por último á nuestra España.

¿He concluido? preguntó María interrumpiéndose y sonriendo.

Yo la dí un beso, y sus ojos brillaron de alegría.

ANGELA GRASSI.

## VIAJES.

### CARTAS Á UNA NIÑA.

#### XXII.

Pasemos de los templos en que se venera á Dios á los en que se rinde culto al arte.

Actualmente cuenta París treinta y dos teatros de música y verso, tres circos ecuestres, cinco salones de conciertos y ocho de baile: los espectáculos diversos no pueden sujetarse á número fijo.

Entre los teatros figuran en primer término el de la *Academia imperial de música* ó la *Grande Opera*, fundado en tiempo de Luis XIV por el abate Perrin, en el año de 1671, cuyo aspecto nada tiene de monumental, pero cuyo interior ofrece un golpe de vista suntuoso; el *Francés*, fundado en 1600, y dirigido por Moliere desde 1658 hasta 1673 en que falleció: ni su exterior ni su interior presenta nada de notable; el de la *Opera cómica*, de fundacion moderna, elegante exterior é interiormente; el *Italiano*, establecido en la sala de la calle Favart, levantada para el teatro del *Renacimiento*, cuya existencia fué tan breve; el *Lirico*, tambien de origen reciente, construido por cuenta de una sociedad, á cuyo frente estaba Alejandro Dumas; el del *Odeon*, situado en la plaza del mismo nombre; el del *Vaudeville*, fundado, en su origen, 1791, en la calle de Chartres, y trasladado en 1840 al reducido local que ocupa en la plaza de la Bolsa; el de *Variedades*, situado en el boulevard Montmartre, cuya construccion data de 1807; el del *Gimnasio dramático*, muy concurrido

en un tiempo por la aristocracia, por haberle tomado bajo su proteccion la duquesa de Berry, dándole el título de *Teatro de Madame*: en él se han representado las producciones mas notables de Scribe; el del *Palacio Real*, que está en el mismo Palacio, al extremo septentrional de la galeria Montpensier; el de la *Puerta de San Martin*, construido en el boulevard del mismo nombre en 1781, en el corto espacio de mes y medio para la instalacion del de la *Opera*: actualmente componen su repertorio obras de grande espectáculo, y finalmente el de las *Locuras dramáticas*, situado en el boulevard del Temple.

El de la *Grande Opera* y el del *Odeon* están espléndidamente subvencionados por el Gobierno; en el primero no hay funcion mas que tres dias á la semana, lunes, miércoles y viernes; el *Italiano* solo está abierto siete meses, y sus representaciones ordinarias tienen lugar los martes, jueves y sábados.

Respecto á los precios de las localidades, las del de la *Opera* varían de 12 á 4 francos; las del *Francés* de 8'60 á 2'50; las de la *Opera cómica* de 7 á 2'50; las del *Italiano* de 10 á 4; las del *Lirico* de 6 á 1'50; las del *Odeon* de 5 á 1'50; las del *Vaudeville*, de 6 á 2; las de *Variedades* de 5 á 2; las del *Gimnasio* de 6 á 2; las del *Palacio real* de 5 á 1'50 y las del de la *Puerta de San Martin* de 5 á 1'50. Las localidades preferibles son las butacas (*stalles* ó *fanteuils d'orchestre*) y los palcos y sillones del primer piso (*loges* y *fanteuils de balcon*). Solo en el *Odeon*, en el *Italiano* y en la *Puerta de San Martin* no se admiten señoras en las butacas.

El *Circo de la Emperatriz* está en los Campos Elíseos; el de *Napoleon* en el boulevard de las Hijas del Calvario, y el *Hipódromo*, entre la barrera de la Estrella y el bosque de Bolonia, al Oeste de la Avenida de la Emperatriz. Trabaja en aquellos una misma compañía, durante el verano en el primero y durante el invierno en el segundo. En el Hipódromo se representan episodios militares y piezas históricas: en sus inmensas graderías pueden colocarse hasta 10,000 personas. Los precios son en los Circos 2 francos en las primeras y 1 en las segundas; en el Hipódromo, 2'50 y 2.

De los salones de conciertos merece especialísima mencion el del *Conservatorio de Música* (calle Bergere, núm. 2); no es fácil que en ninguna parte del mundo se halle una orquesta que ejecute con mayor perfeccion las obras de los grandes maestros clásicos. Todas las localidades están abonadas, trasmitiéndose de padres á hijos.

De los cafés cantantes el mas afamado es el Casino del Palacio Real.

Los bailes públicos de *Mabille*, del *Castillo de las flores*, de *Asnieres* y del *Castillo rojo* ofrecen un carácter tan particular que pocos extranjeros dejan de concurrir á ellos. Como jardines tengo entendido



que, aunque no muy espaciosos, son agradables, como bailes demasiado libres.

De los espectáculos diversos solo tienen carácter de estabilidad el *Diorama histórico*, en los Campos Elíseos, cerca del Palacio de la Industria; el teatro *Robert Houdin* en el boulevard de los Italianos, en el que Mr. Hamitton hace todas las noches notables ejercicios de prestidigitación; el *Teatro Seraphin*, destinado á sombras chinescas, puntos de vista mecánicos y figuras de movimiento, y el *Café de los Ciegos*, en el Palacio Real, en el que media docena de ciegos tocan sinfonías, acompañados de un tamborilero, á quien llaman el *salvaje*; tambien representan escenas de ventriloquia y vaudevilles. Es un espectáculo curioso.

Los alrededores de París me servirán de asunto para la próxima carta, que espero sea la mas interesante de cuantas te llevo escritas desde mi salida de Madrid.

SARA.

## FRANCISCO Y ROBERTO

(Continuacion.)

### IV.

Un dia que Francisco iba como de costumbre á visitar á sus enfermos, le salió al encuentro la portera de la casa en que vivia y le dijo.

—Señor, Vd. que es tan bueno, haga Vd. el favor aunque no sea mas que por caridad, de subir á visitar á un pobre jóven que hará unos quince dias que vino á vivir á una buhardilla de esta casa, el cual está tan enfermo que temo que se va á morir muy pronto, no solo á causa de la enfermedad, sino de miseria. ¡Infeliz jóven! yo le asisto por caridad, basta que sea otro pobre como yo, pero esto no es bastante señor.

—Pues ahora mismo subiré á verlo: lo que siento es que Vd. no me haya avisado antes dijo Francisco, y volviendo á subir la escalera se encaminó á la buhardilla del enfermo.

—¡Oh! ¡qué cuadro tan triste se presentó á sus ojos, niños míos! En una buhardilla miserable, y sobre un estrecho jergon de paja, se veia á un hombre flaco y descolorido, hasta el punto de que si no hubiera sido por una tosecilla seca que le aquejaba casi continuamente, y por los gemidos que de tiempo en tiempo se escapaban de su pecho, se le hubiera creído ya cadáver. Una manta vieja y raida le cubria, y sobre una silla, única que habia en el cuarto, se veia un vaso que contenia una tisana, que sin duda la caritativa portera habia preparado para aliviar la tós del enfermo.

—¡Dios mio, qué horrible miseria!—murmuró Francisco al penetrar en aquella triste habitacion, y acercándose á la cama dijo en voz cariñosa:

—Buenos dias, amigo mio.

—¿Quién es Vd.?—esclamó el enfermo vivamente, como si la voz de Francisco le hubiera causado una violenta sensacion.

—Soy el médico, que viene con el buen deseo de dar alivio á sus dolencias—contestó Francisco con dulzura.

El enfermo se incorporó en su lecho haciendo un gran esfuerzo y fijó sus ojos hundidos en la bondadosa fisonomía del médico; este á su vez sorprendido del efecto que su presencia causaba al enfermo, se fijó con mas atencion en aquel rostro macilento y cubierto en gran parte por una barba negra y descuidada, pareciéndole que no era aquella la primera vez que le veia: pocos instantes duró esta muda contemplacion.

—¡Francisco!—esclamó el enfermo volviendo á caer sobre su lecho y cubriéndose el rostro con las manos.

—¡Roberto!—esclamó Francisco lleno de dolor, porque en aquel sér miserable y desvalido reconoció al amigo de su infancia, á aquel que aborrecia el estudio y el trabajo, porque creia que las riquezas nunca se acaban, aquel que años antes se habia desdennado de saludar á su mejor amigo, porque este era hijo de un pobre. ¡Oh, qué sorpresa tan grande para Francisco!

—¡Amigo mio! ¿cómo has podido llegar á este estado?—dijo Francisco estrechando entre las suyas las manos del enfermo.

—¡Oh, señor! yo no soy digno de que Vd. me trate con tanta bondad—contestó Roberto sollozando.

—Déjate de cumplimientos, amigo mio, porque yo te aprecio y te apreciaré siempre, pues no he olvidado la amistad que nos unió en la niñez, y en prueba de ello, desde hoy trataré de mejorar tu situacion y de que no te falten todos los auxilios necesarios para que te pongas bueno; por consiguiente llámame de tú como me llamabas en otro tiempo.

—¡Gracias, Francisco, gracias!—contestó Roberto con efusion animado por la bondad de su amigo, y despues de haber apurado el contenido del vaso que habia sobre la silla, dejándole en el suelo para que Francisco se sentara en ella, prosiguió:

—Siéntate, amigo mio, siéntate á mi lado; tu presencia parece que me devuelve la salud y la vida. En pocas palabras te referiré mis desventuras. Conozco que no soy digno de lástima, porque yo mismo he buscado mi desgracia. Si hubiera sido aplicado al estudio como tú, y como tú hubiera amado el trabajo, jamás hubiera llegado al lamentable estado en que me veo: en fin, ya no tiene remedio, y en la culpa he llevado el castigo.



Después que Lucila y yo cometimos la locura de abandonar la casa paterna, nos dirigimos á Bayona, y desde allí á París; pues antes de ir á Italia como teníamos proyectado, deseábamos visitar la capital del Imperio francés. En la fonda donde fuimos á hospedarnos, y en una habitación inmediata á la nuestra, vivía una célebre bailarina del teatro de la Opera, en compañía de un jóven, que decia ser hermano suyo. No tardamos en hacernos amigos unos de otros, y como la bailarina y su hermano amaban el ocio, los placeres y el lujo lo mismo que Lucila y yo, nos unió al poco tiempo la mas estrecha simpatía, y empezamos á disfrutar juntos de todas las diversiones que ofrece la capital de Francia, que en verdad no son pocas. Sin embargo, en medio de nuestros placeres, Lucila empezó á entristecerse, porque la conciencia, juez severo de nuestras acciones, la acusaba sin duda de ser una mala hija y de haber cometido huyendo de la casa paterna una de las mayores locuras que puede cometer una mujer. Tampoco yo estaba tranquilo, porque del mismo modo que mi hermana, mi conciencia empezaba á acusarme por mi inícuo proceder.

—Roberto, me dijo un día Lucila, estoy triste, me siento enferma, y creo que me moriré pronto, sino vuelvo á ver á mamá. ¡Oh, llévame á nuestra querida España! llévame á los brazos de mi pobre mamá, quiero pedirle perdón de rodillas, porque si muero sin que ella me haya perdonado, creeré que Dios no me perdonará tampoco.

(Se continuará.)

JOSEFA ESTEVEZ DE G. DEL CANTO.

## EL CAZADOR FURTIVO.

Continuacion.

Un alegre y general repique de campanas anunció al vecindario su aproximación á los muros de la ciudad, cuyas puertas y ventanas lucían vistosas colgaduras; las calles estaban cubiertas de flores y yerbas que aromatizaban el ámbito. Todo el clero, precedido por alegres bandas de música, y las corporaciones religiosas, llevando al frente sus pendones y estandartes, y en pos una multitud ansiosa de rendir adoración á la Sangre Divina, y homenaje á la grandeza humana, salieron á recibir al soberano. Este verificó su entrada en la ciudad predilecta, cabalgando en un corcel mas blanco que la nieve, que guiaban por las riendas dos sacerdotes con los pies descalzos; al estrivo caminaba el venerable abad de San Bertin, encargado de recoger la reliquia que había suspendido al cuello del valeroso Thierry, cuyas manos jamás se atrevieron á tocarla; encamináronse á

la iglesia de Bourg, y en ella fué depositada la joya preciosísima con que se honró la ciudad de Brujas.

Esta fué un verdadero manantial de riquezas y prosperidad para dicha población; así es, que agradecida, instituyó una fiesta en memoria de tan glorioso advenimiento, y la Santa Redoma se colocó en el año de 1311 en un relicario de oro macizo que pesaba treinta y seis onzas.

Durante los disturbios que agitaron aquel país, hacia el siglo XV, un devoto llamado Perez de Maluenda, escondió en el muro de su casa la reliquia, salvándola por este medio del robo y las profanaciones; allí permaneció escondida hasta el año de 1617, que fué trasladada de nuevo á su capilla, en un magnífico relicario de oro, cuyo peso no bajaba de 760 onzas, sin contar la riquísima pedrería que le adornaba; dicho relicario, en forma de templete, fué la obra maestra del célebre artista Juan Crabbé.

Los Pontífices y Prelados concedieron innumerables indulgencias á los fieles que visitaran la capilla de Bourg en ciertas épocas del año, y un gran jubileo secular que atraía desde muy lejos á los devotos peregrinos; este jubileo extraordinario era ocasión de grandes festejos entonces, particularmente, salían á relucir las cabalgadas y entremeses, cuya descripción vamos á copiar de un empolvado manuscrito.

Ya hemos apuntado que por el año de 1698 se habían celebrado las cabalgadas con motivo de otro jubileo particular, pero en el transcurso de medio siglo, las carrozas, emblemas y gigantes, encerrados en los sótanos y desvanes, habían tenido lugar de sobra para irse cayendo á pedazos carcomidos por la polilla. El celo de los ciudadanos de Brujas reparó el daño, construyendo nuevas carrozas, nuevos emblemas y gigantes; todo estaba dispuesto desde mediados de Abril. El obispo de Brujas había publicado una pastoral anunciando el jubileo concedido por la Santa Sede; la capilla de Bourg estaba primorosamente colgada, y millares de cirios dispuestos para iluminarla. Desde la madrugada del 3 de Mayo, hasta la caída de la tarde del 18, la iglesia, como suele decirse, parecía una ascua de oro.

Todos estos detalles habían sido minuciosamente narrados por el mesonero, hombre muy versado en la historia de su pueblo nativo, y amigo de contarla muy por menor á todo yente y viniente que paraba en su meson. Bernardo, en cuanto pudo meter baza, preguntó al narrador.—¿Y es cierto que la Emperatriz asiste á las funciones?

—Vaya! contestó el mesonero con orgullo, y poquito lujosa que saldrá María Teresa!... Solo por ver el manto y la corona que mañana estrena, se puede hacer un viaje á Brujas!!

Esta respuesta satisfizo completamente los deseos del cazador furtivo... ¡Caramba! dijo para su capote, voy á matar dos pájaros de un tiro! Además del in-



dulto, conseguiré participar de una fiesta que no se vé sino de siglo en siglo! Casi, casi me alegro de la mala partida que me han jugado los pícaros de los guardas, decía frotándose las manos, y contando ya seguro el perdón que anhelaba.

Desde las ocho de la noche todas las campanas de de la catedral, las de las parroquias, conventos, oratorios y capillas de Brujas repicaban á cual mas y mejor; la gente cantaba por las calles; todo era bulla y regocijo, ese regocijo inocente que producen las fiestas religiosas, que son las verdaderas fiestas nacionales en los pueblos que disfrutan del incomparable y hermoso beneficio de la unidad religiosa; la gloria de Dios pertenece á todos por igual; grandes y pequeños son hijos de la Iglesia, las fiestas de los católicos se celebran en familia!

Bernardo, que habia caminado á pié, comenzó á sentir la necesidad de un sueño reparador; aprovechó la distraccion de los huéspedes, y apoderándose de un banco tendióse bonitamente, y durmió en él como si estuviera sobre tres ó cuatro colchones de pluma; porque sabido es que la esperanza y el ejercicio son excelentes mullidores; halagado por la primera, soñó que la Emperatriz no contenta con otorgarle su perdón le habia dado licencia para cazar en el parque de Marimont hasta en el tiempo de la veda.

—Vamos, vamos buen hombre, ya es hora de poner los huesos en punta, le gritó el mesonero á las seis de la mañana; dentro de dos horas se dirá la misa mayor en la capilla de Bourg, despues sale la procesion; si quereis tomar puesto en la carrera no hay perder tiempo, hoy la gente anda muy lista, os lo voy vengo.

—Y decidme, buen amigo, preguntó Bernardo incorporándose: ¿qué sitio será mejor para ver á la Emperatriz lo mas cerca que pueda?

—Olá! olá! exclamó el mesonero guiñando el ojo. Por lo visto es María Teresa la que os llama la atención! pues bien, la vereis en toda su gloria! colocáos en la plaza del Mercado, y procurad estar en primera línea.

Bernardo, aunque gastrónomo, se desayunó bastante ligero, y despues de acicalarse como pudo, salió decidido á conquistar un puesto aventajado en la carrera; para esto contaba con la fuerza de sus codos, y en efecto, gracias á tan poderosos auxiliares, logró ponerse de los primeritos; una hora llevaria de planton, cuando el movimiento general le advirtió que la procesion se acercaba.

Esta comenzó á desfilar con una pompa que hubiera escandalizado á esos mezquinos á quienes todo les parece demasiado lujo cuando se trata del culto divino. Millares de cirios precedian á la sagrada reliquia; iban delante los acogidos en las casas de Beneficencia, pues en las fiestas religiosas, siempre los pobres van los primeros; detrás venian los gremios

de artesanos, cuyo número no pasaba de sesenta. Un siglo antes, segun afirma Panhondere, no bajaba de doseientos; esto prueba lo mucho que Brujas habia decaído de su esplendor antiguo.

A los gremios y otras corporaciones civiles y militares, seguian las comunidades religiosas y el clero secular, por el órden siguiente: los Capuchinos y Recoletos, los Carmelitas y Agustinos, los Padres del Oratorio, el Abad de Cekoute, el Cabildo de San Salvador, el clero de Santa Walburga, y el de Santiago, el Cabildo de Nuestra Señora, con los capellanes de San Gil y Santa Catalina, el Cabildo de San Donato, el Prevoste de Nuestra Señora, los Abades y Mitrados, el Obispo de Brujas, y por último el augusto Relicario que llevaban en hombros los cofrades de la Sacratísima Sangre. Al aproximarse la veneranda reliquia todos se arrodillaban inclinando humildemente la cabeza. Bernardo hizo lo que todos, pero aguijado por el deseo no tardó en levantarse y alargar el cuello para ver al objeto de sus ansias; inútil afán, cerrando la procesion iban los Magistrados y Autoridades superiores de Brujas, pero en vano buscó á María Teresa entre aquella brillante comitiva.

(Se continuará.)

MICAELA DE SILVA.

### Explicacion del pliego de Dibujos.

- NUM. 1. *Cuello* vuelto, bordado al *minuto*.
- NUM. 2. *Puño* correspondiente, de una forma nueva, con patas y ojaes dobles para gemelos.
- NUM. 3. *Feston*, con almendra encima al *pasado*, para escotes de camisa.
- NUM. 4. *Cenefa* á *plumetis* y *pasado*, para el mismo objeto.
- NUM. 5. *Entredos* á *feston*, para delantales de niño.
- NUM. 6. *Cenefa* á *plumetis* y *pasado*, para fichús ó acericos.
- NUM. 7. *Otra*, *id.*, *id.*, para chambras ó gorras.
- NUM. 8. *Escudo* bordado al *pasado*.
- NUM. 9. *Cenefa* para trajes de señora ó niñas, en piqué, bordado á punto *ruso* y *cadena*: la cenefa va alrededor de la falda y sube por delante.
- NUM. 10. *Pañuelo* bordado á *plumetis* y á la *inglesa*, para guarnecer de encaje.
- NUM. 11. *Pañuelo* rico bordado á *plumetis* y *arenilla*, terminado por *feston*.
- NUM. 12. *Cifra*, bordada al *pasado*.
- NUM. 13. *Idem*, bordada al *minuto*.
- NUM. 14. *Idem*, á *cordoncillo* y *arenilla*.
- NUM. 15. *Idem*, á *cordoncillo* con bodeques al *pasado*.

Por lo no firmado

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1864.

IMPRENTA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.







